

De Florencia al Nuevo Mundo

MARISA VANNINI DE GERULEWICZ

Escuela de Bibliotecología y Archivología
UCV

MARISA VANNINI
DE GERULEWICZ

Profesora Titular Jubilado de la Universidad Central de Venezuela. Doctor en Letras de la UCV, Doctor en Filología Moderna de la Università degli Studi de Bologna, Italia. Docente e investigadora de larga trayectoria en archivos venezolanos y europeos, ha tratado especialmente temas relacionados con el Descubrimiento y la Independencia de Venezuela y América. Entre sus publicaciones: *La Influencia francesa en Venezuela; Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela; El Mar de los Descubridores; El General Carlos Luis Castelli, Ilustre Prócer; Arrivederci Caracas*. Ha publicado además numerosos libros para la infancia y la juventud, el último de los cuales, «En la piel de la guerra» ha sido galardonado por el Banco del Libro como «Mejor libro juvenil del año 2008».

Recibido: 22-10-2008
Aprobado: 20-12-2008

RESUMEN

Florenia, bajo la hegemonía de los Médici, gozó de gran prosperidad económica, cultural y artística. Numerosos florentinos protagonizaron viajes de descubrimientos y exploraciones, varios de ellos hacia América, más o menos afortunados, contribuyendo al conocimiento de aquellos países y aportando a la historiografía americana de los siglos XVI y XVII importantes crónicas y relaciones.

Palabras clave: FLORENCIA, MÉDICI, AMÉRICA, NAVEGACIONES, EXPLORACIONES, CRÓNICAS.

ABSTRACT

Florence under the hegemony of the Médici, enjoyed great economic, cultural and artistic prosperity. Numerous florentinos carried out trips of discoveries and explorations, several of them towards America, more or less lucky, contributing to the knowledge of those countries and contributing to the American historiography of centuries XVI and XVII important chronicles and relations.

Key words: FLORENCE, MÉDICI, AMERICA, NAVIGATIONS, EXPLORATIONS, CHRONICLES.

En el arco de tiempo que corresponde al descubrimiento y primeras exploraciones de América, Florenia era una ciudad grande, hermosa, favorecida por la serenidad de su cielo, perfumada por sus exuberantes jardines. El arte florecía en ella, y gozaba de holganza económica por la industria (mármol, telas, sedas, bordados, aceite, vino) y el comercio con las regiones vecinas. Sus ciudadanos amaban navegar por el poético Arno, o se lanzaban al Mediterráneo desde la antigua Pisa o desde el renovado puerto de Livorno, importante como centro náutico y cartográfico, incorporándose a la flota toscana dirigida por los audaces caballeros de Santo Stefano, conocidos y temidos en el área mediterránea como *Los Grandes Diablos*.

Prevalecía en los florentinos un anhelo de superación, un espíritu de rebelión contra el orden establecido, y a la vez de inconformidad con el presente, encarnado en la voz satírica de Cecco Angiolieri:

Si fuese fuego, ardería el mundo
Si fuese viento, lo azotaría
Si fuese agua, lo inundaría
Si fuese Dios, lo enterraría...

La vida, el espíritu, los gérmenes de la modernidad prosperaban en Florencia en aquella época, que fue conocida como la época de los Médici.

Eran los Médici una poderosa familia de banqueros que rigieron los destinos de la región toscana durante varios siglos. Pertenecían a la alta burguesía, pero favorecían por tradición el partido del pueblo, del cual eran considerados los defensores, aunque a través de él buscasen en realidad el poder económico y político. Sin embargo, mediante una hábil diplomacia de concesiones, privilegios, protección a la artesanía, ciencias, artes y letras, ganaron gran popularidad y llevaron sus súbditos a un notable nivel de bienestar y cultura.

Estaba viva en todos ellos la curiosidad literaria, geográfica y científica. Arsenales, construcción de instrumentos náuticos, elaboración de portulanos en la Escuela Cartográfica Toscana, fueron producto del auspicio y financiamiento de ellos. Por otra parte, ansiaban conocer mercancías y mercados con miras a una expansión a través de sus puertos. En efecto, motivos comerciales inspiran algunos proyectos e intentos de la gran familia toscana y explican sus contactos con las Cortes de España, Portugal, Francia, Inglaterra, con los Estados Generales de las provincias de los Países Bajos, y con agentes y mercaderes holandeses. Además, los Médici impulsaron, favorecieron y frecuentemente patrocinaron viajes y exploraciones, primeramente hacia las Indias Orientales, África, y más tarde América.

Fue gran mérito de los Médici, empezando por el fundador de la familia, Cósimo I, llamado El Viejo (1389-1464), sobre cuya tumba fue grabado por público decreto el reconocimiento «*Pater Patriae*», comprender cuál gobierno le convenía a Florencia en ese momento de su historia, al abrirse de una nueva era, y por cuáles vías ese gobierno se pudiese crear y mantener. Para aprovechar la inteligencia y capacidad de los florentinos, importó cargamentos enteros de antiguos manuscritos de

Grecia y Alejandría, los hizo copiar empleando un centenar de copistas y facilitó a los estudiosos los originales y las traducciones de las obras más importantes de la cultura universal, abriendo las puertas al humanismo y al renacimiento, y convirtiendo Florencia en la capital cultural de Europa.

Entre sus descendientes, Lorenzo el Magnífico (1449-1492), llamado «el padre de las musas» por su protección a los poetas y artistas, valioso poeta en lengua toscana él mismo, personificó las costumbres del renacimiento. Más tarde descolló Ferdinando I, Tercer Gran Duque de Toscana, (1549-1609), quien fue cantado como:

«il gran Fernando, alla cui verge e' ubbidienza e gloria agli elementi, purga il ciel, quieta l'onde, orna la terra»

Es en la gloriosa época del mandato de Ferdinando I donde podríamos insertarnos, al considerar el auge de las relaciones entre Florencia y América. Pero hay unos interesantes antecedentes. En su sueño de poesía, Dante Alighieri, toscano, abrió con la imaginación las puertas de América, que luego un navegante genovés, Colón, traspasaría en la realidad.

En el Canto XXVI del *Infierno* de la *Divina Comedia*, Dante inspiró al navegante Ulises las palabras con que éste, llegado a las columnas de Hércules en Gibraltar, anima a sus compañeros a emprender o continuar «*il folle volo*», otorgándole la dimensión de un descubridor:

E volta nostra poppa nel mattino
 Dé remi facemmo ali al folle volo
 Sempre acquistando dal lato mancino

A través de Ulises, con agoreros versos, Dante impulsó la humanidad hacia nuevas rutas, nuevos destinos:

Considerate la vostra semenza
 fatti non fummo a viver come bruti
 ma per seguir virtude e conoscenza

En estos preludios poéticos de las navegaciones transatlánticas, encontramos a otro toscano, no viajero sino literato: es el ilustre Giovanni Boccacio, quien transcribe de las cartas de unos mercaderes florentinos residentes en Sevillana la crónica de uno de los primeros viajes a las islas Canarias cuyo acceso abrió el paso al Nuevo Mundo, efectuado en 1341. Dos navíos «se hicieron a la mar en busca de aquellas islas que comúnmente se dice que ya han sido descubiertas», al mando del genovés Nicolaso da Recco y del florentino Angiolino del Tegghia de' Corbizzi, relata Boccacio, a cuya ilustre pluma estos capitanes quizás deban más su celebridad, que a la expedición misma.

No sería completo el recuerdo de los intelectuales de la antigua Florencia, si después de mencionar a Dante y Boccacio no recordáramos también a Maquiavelo, figura descollante de su tiempo y precursor de un futuro signado por varias facetas de su personalidad y de su pensamiento, a quien podemos involucrar en la empresa americana en una forma relacionada justamente con Venezuela.

Este florentino, figura de excepción, conservaba entre sus papeles una carta de otro coterráneo, Simone del Verde, referente al tercer viaje de Colón, la cual constituye uno de los más antiguos y significativos documentos para las fuentes de la historia de Venezuela, que sin embargo se desconoció pues fue erróneamente considerada como referente al segundo viaje por estar datada 2 de enero de 1498, pues los historiadores, por muchos siglos, cometieron el error de no tomar en cuenta las modalidades del calendario de la época. Fuimos nosotros mismos quienes en la ponencia «Observaciones alla Raccolta Colombiana» presentada al Congreso Internacional Colombiano realizado en Génova, explicamos la correcta significación de la fecha y analizamos críticamente el texto, aclarando así la aparente contradicción. Se debe recordar que antes de la reforma gregoriana hubo en los países europeos diferentes modalidades de datar, que se llamaron estilos. En Florencia, desde el medioevo hasta el renacimiento se adoptó el *Estilo de la Encarnación*, según el cual el año empezaba el 25 de marzo, día de la Encarnación: todos los días previos al 25 de marzo (que era para ellos lo que es el primero de enero para nosotros) pertenecían al año anterior. Por tanto la

fecha de la carta debe interpretarse como 2 de enero de 1499, y su contenido, que traducimos parcialmente, incorporarse a la más antigua historiografía venezolana:

Han venido de las islas de la India algunos de los navíos que habían partido de aquí con el Almirante hace 8 meses (...)

En el viaje de la ida descubrieron nuevas tierras dirigiéndose más al sur o más al suroeste, y allí encontraron, dicen en tierra firme, una nación de mejor condición que todas las halladas hasta ahora; tienen viviendas buenas y cómodas, mucha comida y también vinos blancos y tintos, pero no de uva; tiene cuadrúpedos que no había en los lugares antes descubiertos; su rey les recibió muy bien, y les regaló de lo que tenían.

Dicen que hay oro, pero de baja ley, y que además se encuentran perlas muy gruesas y muy hermosas (...) Tienen una tierra hermosísima, muy verde y fértil, de abundante agua dulce. Las gentes son belicosas y usan escudos y arcos; navegan en grandes embarcaciones ahuecadas, excavadas de troncos de árboles.... Es notable y de gran maravilla la gran cantidad y fuerza de las aguas dulces que han encontrado. Dicen que hay bancos de arena muy altos, y han hallado grandes bajíos en la desembocadura del río, de modo que los navíos no podían resistir a la abundancia de aguas dulces; así que los navíos penetraron veinte leguas en el golfo, encontrando siempre mar dulce (...)

En la estela de Dante, Boccaccio, Maquiavelo y por supuesto después de Cristóbal Colón y demás genoveses y lígures, sobresale el primer florentino verdadero navegante a América: Amerigo Vespucci, a quien por mérito, inteligencia, astucia o casualidad, está ligada la toponimia del mundo americano. Todavía se discute si Vespucci navegó una, dos, tres o cuatro veces al Nuevo Mundo, si lo hizo abiertamente o con malicia, si encontró casas en forma de «capanne» o de «campane». Lo cierto es que este gran toscano, cartógrafo, cosmógrafo, piloto, práctico del mar, enfrentó los azares de la navegación, llegó hasta el extremo occidental del Mar Caribe, y legó al mundo la primera significativa descripción de lo que sería hoy Venezuela, además del nombre que la identifica y del otro nombre América, que designó, designa y designará para siempre el Nuevo Continente. Relata Vespucci:

Fummo a terra in un porto, dove trovamo una populationes fundata sopra lacqua como Venetia: erano circa 44 case grande ad uso di capanne fondate sopra pali grossissimi (...)

En el segundo viaje (que por varios historiadores ha sido identificado con la expedición de Ojeda), confirma:

Fummo a tenere ad una nuova terra: e la giudica'mo essere terra ferma, e continua con la disopra si fa mentione

Pronto termina la época gloriosa. Poco años transcurren, ni siquiera dos décadas, pero son suficientes para marcar una precisa evolución en la mentalidad y en los anhelos de los viajeros europeos a América: a la pasión por lo desconocido, el ansia por descubrir, conocer lo nuevo, perpetuar su propio nombre en arriesgadas, gloriosas empresas, suceden intereses más prácticos y personales: enriquecerse, explotar al máximo las nuevas tierras, sus productos, su gente; alcanzar éxitos comerciales, poderes y privilegios.

Pero en cuanto a los toscanos, si bien el anhelo de provechosas relaciones mercantiles pudo haber estado en la base de su decisión de lanzarse a un mundo aún desconocido, lleno de riesgos y de imprevistos, su actuación, los documentos que nos dejaron comprueban que aún prevalecían en ellos las antiguas dotes de sus antepasados: el deseo de aventura, la curiosidad científica, la simpatía por los habitantes de un universo nuevo, la comprensión de sus necesidades. Sus viajes no fueron fáciles, tuvieron que sortear peligros de la naturaleza, tempestades, huracanes, lluvias tropicales, sequías; acecho de los indígenas, trampas, ataques con flechas, con dardos envenenados; molestias de aventureros de otras naciones, abordaje e incendios de sus naves. En general, en términos de beneficios materiales, fue más lo que perdieron de lo que ganaron, pues ni siquiera sus nombres pasaron a la historia que sólo, a veces, reservó un pequeño espacio a quienes dejaron los frutos de su pluma, al lado del enorme concedido a los cronistas españoles. Sin embargo, numerosos florentinos aportaron datos valiosos para el conocimiento

del ambiente americano, contribuciones a la topografía, al perfil de los naturales, a la flora, a la fauna, y merecerían un lugar importante en la historiografía americana del descubrimiento.

Tal fue el caso del gallardo y aventuroso Galeotto Cei, cuyos viajes y permanencia en el Nuevo Mundo, y específicamente en Venezuela, en un azaroso periplo de descubrimiento centrado en la costa y tierras del occidente del país que ocuparía catorce años de su vida entre incomparables peligros y sufrimientos, con riesgo de su propia existencia, pueden ser calificados como una serie de infortunios. Los relatará, en una extraordinariamente detallada y fiel descripción con comentarios de inestimable valor por haber conocido en persona los territorios, en su compendioso manuscrito *Viaje y Descripción de las Indias. 1539-1553*, que nosotros mismos hemos traducido.

Había nacido en Florencia en 1513, de vieja estirpe florentina, en el apogeo de la dinastía médica. Pero su familia estaba en la oposición y el padre, Giambattista, contribuyó a la expulsión de Florencia de los Médici en 1527, y a la brevísima restauración de la República. De esta aventura antimedicea ganó la prisión, la muerte (fue ejecutado el 22 de noviembre de 1530 junto con otros partidarios de la república caída), la confiscación total de los bienes familiares, y para su hijo Galeotto, el exilio de por vida a España. Era Galeotto, que después de tantas desventuras podemos calificar de antihéroe, un joven culto, hábil en la lectura y escritura de textos en latín y en toscano, con sólidos conocimientos de aritmética mercantil y además experto en ejercicios físicos como los juegos de pelota y balompié, las carreras, el salto en largo y en alto, la lucha, el manejo de armas incluyendo la chueca, la esgrima y la caza. Constituía una versión moderna y cabal de los Capitanes de Ventura, pero también era pobre, con deudas y sin trabajo. Así que después de haber reunido en Cabo Verde, probablemente fiada, alguna mercancía para vender, quizás esclavos, de lo cual luego se arrepentiría, en agosto de 1539 tomó un modesto pasaje en un también modesto navío que luego de dos meses y medio de navegación lo desembarcó en Santo Domingo, desde donde emprendería viaje rumbo a la Gobernación de Venezuela con el propósito de volverse rico y famoso. Al regresar a

Europa, aún más pobre, cansado y enfermo, después de haber recibido el perdón del Primer Gran Duque Cósimo y haberle regularmente besado la mano, se estableció en Florencia, se casó (dos veces por cierto) y jamás salió de allí hasta su muerte ocurrida en 1579. En esos largos años sedentarios dio forma escrita a su relación, que consta de dos partes. En la primera, más germinativa y auténtica, redactada en un lenguaje coloquial y a veces sarcástico que bien corresponde a su personalidad de antihéroe, cuenta sus aventuras y quizás ni siquiera todas, y nos permite rastrear las huellas que dejara en Venezuela, especialmente en la región de El Tocuyo, donde departió con los fundadores y contribuyó a abrir la ruta comercial entre El Tocuyo y Tunja, importantísima para el tráfico ganadero entre las dos regiones, tomando en cuenta que el ganado vacuno, ovino y caballar se había multiplicado en la región tocuyana, y escaseaba en el Virreinato cercano. En la segunda, ordena sus conocimientos en una especie de Historia Natural, sencilla pero de gran interés. Como compendio resume en poesía su desilusión ante una América que no era en aquella época, y no lo es todavía, tan dorada como se cree en Europa:

Hace mal... el que en España vende
 Como si fuese pura verdad
 Lo que sabemos ser acá patraña
 ... y aquel que tantos míseros engaña
 haciéndoles creer que donde vino
 dejó montes cubiertos de oro fino.

Nos acercamos a finales del Siglo XVI. Filippo Sassetti (Firenze, 1540-Goa, India 1588) fue otro viajero florentino, que trató de aventurarse no en uno, sino en dos océanos. Hombre de sólida cultura, contable y experto asesor financiero, Sassetti se había residenciado en Portugal, desde donde, como observador y comentarista de experiencias ajenas, empieza a escribir su obra *Lettere da vari paesi* (1570-1588) que fue publicada tan sólo en 1970, en Milán, y que nos aporta un nuevo elemento en relación con América: la visión de los portugueses a quienes, valiéndose de un verso de Petrarca en el *Canzoniere*, define *dure genti e costumi*.

Asegura que para tratar con ellos hace falta tan extremada paciencia, que aconseja a quien sea veloz en sus movimientos huir del lugar antes de morir allí súbitamente. Además, refleja la visión del Nuevo Mundo también desde la perspectiva de los grandes y poderosos mercantes que iban y venían de las Indias Occidentales comerciando con esclavos, oro y con la preciada caña de azúcar.

En una *historieta de mal gusto*, y pidiendo disculpa por ella, Sassetti, conmovido, describe un grupo de esclavos negros que los portugueses traían de Cabo Verde para llevar a Brasil:

(...) No puedo dejar de contar lo que me hizo quedar atónito, considerando su miseria y la inhumanidad de sus dueños. En una explanada había en el suelo quizás cincuenta de estos animales, que formaban de ellos un círculo: y los pies eran la circunferencia, y la cabeza el centro, estaban uno encima del otro, y hacían fuerza para ir a tierra. Yo me acerco para ver que juego era ése, y veo en el suelo una gran ponchera de madera, donde había habido agua y aquellos miserables estaban y se esforzaban por chupar las gotas restantes y lamer el borde, y parecióme que entre ellos, así en la acción como en el calor, y un batajo de puercos que se pelean para meter el hocico en el rancho, no había ninguna diferencia (...)

Impulsado en parte por la necesidad de ganar dinero, pues tenía hermanas y sobrinas casaderas, en parte por un antiguo deseo de conocer países exóticos, trató luego de pasar al Nuevo Mundo. Se embarcó en Lisboa para Brasil, llamado por él *Verzino* según la costumbre de la época, debido a la abundancia de esta madera que allí existía, los primeros días de abril de 1582, pero se vio obligado a regresar al punto de partida sin haber desembarcado en costa alguna después de cinco meses de atribulada navegación, en un viaje que entre borrascas, huracanes, vientos violentos, horrosos escollos:

(...) lo llevó por cinco meses «a giron» en el océano, con más fastidio que satisfacción, ya por el ejercicio en sí del navegar, ya por haber estado la mitad del tiempo seguro de no poder con ese viaje, conseguir mi objetivo. Lo que me ha dado además del daño, tanto disgusto que no podría expresárselo.

Este desagradable recuerdo le hace soltar en sus cartas toscanísimas expresiones cuales:

Esas zonas tórridas siempre con calor de fuego y bajo un sol implacable, son una pendejada.

Filippo no se da por vencido, y vuelve a emprender viaje, esta vez hacia las Indias Orientales donde se establece, pero con el propósito de volver a Florencia en una atrevida circunnavegación, pasando por las Indias Occidentales. No logra conseguir ni los pasaportes ni el navío adecuado, y fallece en Goa en 1588, con apenas 48 años.

Corría el año de 1594 cuando otro florentino, Francesco Carletti, de unos veinte años, emprendió con grandes esperanzas el azaroso viaje que lo llevaría al Nuevo Mundo, prácticamente de la mano de su padre, experto mercader, embarcado en una «piccola navetta di portata poco piú di quattrocento salme». Joven, apuesto, con cierta preparación y medios económicos, veía el mundo abrirse ante sí. El comienzo del viaje, al parecer exitoso y triunfal, pesó sobre su conciencia durante toda la vida: fueron a Cabo Verde y otras costas africanas a comprar esclavos para revenderlos en América. El viaje se prolonga día a día en pos de una opulencia que se presenta y se rehuye, de Panamá a México, a las Filipinas, Japón, China, India. Mercader nato, en cada sitio capta en seguida las posibilidades del comercio, aprende monedas, pesos, usos comerciales, modalidades de transporte. Comerció en esclavos, plata, especies, seda, porcelanas. Lo que más lo impresionaba era la riqueza, y en sus escritos cobran relieve las descripciones del riquísimo Perú, donde los mercaderes protegen hasta en sueño montones de barras de oro y plata. Volvió después de ocho años a Florencia, triste, derrotado, sin bienes ni dinero, y lo más terrible, solo: su padre había muerto en Macao. Cuando, ya huérfano, inició el viaje de regreso, el día de Navidad de 1601, su nave cargada de preciosas mercancías, fue capturada y confiscada por los holandeses. Logró seguir el cargo hasta Holanda, pero con escasos resultados. Prácticamente, había perdido la inversión del padre, y ocho años de su vida. Aceptó Carletti la derrota como una debida

expiación: el tráfico negrero, los suplicios impuestos a los negros, la explotación de esa raza para vergonzosos proyectos de lucro, lo hacían merecedor de castigo.

A su regreso a Florencia, el 12 de julio de 1606, desilusionado y desprovisto de todo, le tendió una mano amiga el Gran Duque Ferdinando, quien lo acogió como Maestro de casa y Consejero, y le dio la posibilidad de recordar, reordenar y narrar, primero oralmente en su presencia, y luego por escrito, los recuerdos de tan aventuroso viaje. Son los *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo*, que abarcan las Indias Occidentales y las Orientales y fueron publicadas por primera vez en 1701 en Florencia y luego en 1958 en Milán. En estos *Razonamientos*, en el lenguaje familiar del viajero vencido al Príncipe Benefactor, se nota el escueto estilo toscano, el sabor florentino:

(...) Volviendo al tema de portugueses que viven en estas islas, es cierto que más aprecian a una mujer negra del país, que a una blanca de Portugal. Parece que el clima influye en que se deseen más las naturales que las extranjeras, y se ve por observación propia que quien no las tiene por esposas procura tenerlas por concubinas. Con estas luego, vencidos por el afecto, al fin se casan y viven mucho más contentos que si fueran de su nación.

Del lujo y el esplendor de Lima, la ciudad de los Reyes, hace Carletti una descripción que hoy día nos sorprende y cautiva:

Los días de fiesta es cosa asombrosa, ver a las esclavas negras soberbiamente ataviadas con trajes de seda y perlas, y oro; y da gusto verlas bailar juntas en las plazas de la ciudad. Pero de mayor maravilla aún es ver la grandiosidad y esplendor en el vestir de las mujeres esposas de los españoles, y de otras naciones que denotan vanagloria. Y la plata y el oro que ostentan son tan grandes, que el que no tenga en capital de 50 a 100.000 escudos no es tomado en consideración, y de allí para abajo en lugar de mercaderes los llaman «mercachifles».

Plata se ve por toda la ciudad y todas las tiendas en grandísimas cantidades, y no hay zapatero que no coma en ella, pues aquí se reúne toda la que viene de las minas de Potosí y otras provincias. Muchos mercaderes ricos de tres y cuatrocientas barras y vergas de plata, que valen 500 escudos

cada una, almacenándolas hacen con ellas camas, y colocándolas encima los colchones, allí duermen (...)

Para comprender el sentimiento de culpabilidad y la aceptación del castigo por parte de Carletti, leamos su propia descripción de un aspecto del mercado negrero:

(...) Compramos setenta y cinco, dos tercios varones y otro tercio hembras, mezclados todos al uso de aquel país, en una manada de viejos y jóvenes, grandes y pequeños, como se compra entre nosotros un rebaño de ovejas, con todas las precauciones y cuidados de averiguar si están sanos, bien dispuestos y sin defecto alguno de su persona, Luego cada amo los hace sellar, es decir, marcar con su propia marca de plata calentada en fuego ardiente y aplicada en el pecho, o en los brazos, o en la espalda para reconocerlos. Y cuando recuerdo que yo mismo hice esto por orden de quien tenía poder sobre mí me agobian una gran pena y confusión de conciencia, pues en verdad, Serenísimo Señor, este siempre me pareció un tráfico inhumano e indigno de la fe y piedad cristianas: pues se actúa con crueldad y violencia sobre carne y sangre humanas, y tanta mayor es la vergüenza, en cuanto están bautizados, y aunque son diferentes en el color y en la suerte, tiene sin embargo la misma alma forjada por el mismo Hacedor que forjó las nuestras. Yo me disculpo ante la Divina Majestad, pues aún sabiendo Ella que a mi sentir y querer fue siempre repugnante este negocio, fue es menester hacerlo: pero sepa Vuestra Alteza y téngalo por seguro, que a mí ese tráfico no me agradó nunca, mas como fuere, nosotros lo hicimos y quizás también por ello, tuvimos que hacer penitencia, tal como diré al final del segundo discurso de estos razonamientos, que yo iré haciendo a V.A. de todos nuestros sucesos (...)

Hacia el extinguirse del siglo XVI y albores del XVII mencionaremos, para terminar, a dos extraordinarios personajes, florentinos por adopción y residiados en Florencia, aunque provenientes de Inglaterra: el noble y culto Sir. Robert Dudley (1574-1649) y el valiente capitán Thornton, llamados después de su ciudadanía, respectivamente Dudleo y Tortone.

Robert Dudley, hijo, nada menos que del Conde de Leicester, célebre amante de la Reina Elizabeth, había huido de Inglaterra hacia la

romántica Italia acompañado por su novia, futura tercera esposa con la cual procrearía en Florencia 13 hijos, disfrazada de paje. Protegido por Ferdinando II, quien lo había nombrado además Duque de Nortumbria, en Florencia Dudley compiló y publicó una de las obras cartográficas, astronómicas y de navegación más celebres del siglo, con el sugestivo título *L'Arcano del Mare*. Se trata de un libro de grandes dimensiones, en parte de hechura artesanal con profusión de dibujos, que contiene brújulas, compases, portulanos en relieve y hasta elementos móviles, manejables por el lector y presenta 127 cartas en proyección cilíndrica. De ellas, 54 se refieren a Europa, 17 a África, 23 a Asia, 33 a América. En el texto encontramos la relación que hace el Duque de Nortumbria de un viaje realizado al Nuevo Mundo, más exactamente a Guayana y a la desembocadura del Orinoco en 1594, cuando frisaba los 18 años. Como consecuencia de este viaje, sus mapas, además de una belleza de dibujo extraordinaria, con monstruos marinos, imágenes de vientos y tempestades, contienen las más detalladas y perfectas cartas náuticas de la época de la costa oriental venezolana.

La base de la cartografía americana de Dudley la constituye la impresionante Carta XIII, elaborada durante aquella temprana expedición personal, la cual contempla la región amazónica y el Delta del Orinoco y que posteriormente se mantuvo casi intacta, aunque el autor siguiera estudiando y trabajando desde Florencia y Livorno la cartografía americana. Hemos traducido directamente de uno de los escasos originales del *Arcano* que se encuentran en Florencia, unos párrafos del prefacio de la Carta XIII:

La Guaiana comienza desde el Cabo de Paria y el estrecho de Calcuri (así denominado por el autor cuando pasó por dicho estrecho) y la costa termina con el río Amazonas, como se verá en el mapa XIV que sigue.

En el cabo de Paria desemboca el río Amana o Braha, una de las siete bocas del río Orinoque, que se llaman las siete bocas del Dragón, a causa de la violencia de dicho río en la época de mayor flujo y de las fuertes lluvias que continuamente caen en los meses de junio, julio y agosto, e inundan todo el país; los terrenos son de tierras bajas, pantanosas, llenas de bosques y pequeños caños (...)

En cuanto al viaje americano, en las primeras páginas de su obra «The voyage of Robert Dudley», explica los motivos que lo llevaron al Nuevo Mundo en el año de 1594, donde llegó poco después del célebre Walter Raleigh:

Desde que tuve el uso de la razón no pude pensar en nada más agradable que en los descubrimientos de la navegación, y ese interés no decayó en mí hasta que alcancé la edad y la capacidad de emprender tal cosa. Para este propósito pedí el consejo de varios marinos, y principalmente quise emprender un viaje por los Mares del Sur; pero, a causa de que muchos habían fracasado antes en esta aventura, no me fue permitido exponerme ni hacerles correr riesgos a otros súbditos de su Majestad, en una empresa tan incierta como la de mi deseo. Me vi así obligado (grandes preparativos ya había hecho) a conformarme con otro itinerario para las Indias Occidentales, sin esperanza de hacer allá nada digno de mención, pues tan común es ya el viaje a tanta gente, que ni valdría la pena reseñarlo.

Dudley, frustrado y despechado por no haber podido ir como se proponía a las Indias Orientales, minimiza la importancia de su propia expedición y sin embargo, a pesar de la extrema concisión en la descripción de la región orinoquense (afortunadamente ampliada en los mapas posteriores), la narración de su propio acercamiento a las regiones de la costa oriental de Tierra Firme contiene datos singulares y constituye un acertado prelude a la elaboración del gran mapa XIII contenido en el *Arcano*:

Supé que los Caribes eran devoradores de hombres, o Caníbales, y grandes enemigos de los isleños de Trinidad. Oí que el reino de Yguirre estaba lleno de un metal llamado por los indios Arara, que puede ser, según pude averiguar, o cobre o un oro muy pobre. En la tierra alta de París, según fui informado por varios indios, había alguna perota, que para ellos es plata, y una gran cantidad de tabaco de excelente calidad. Pero finalmente, para referirnos a Waliame, es el primer reino del imperio de Guiana. La gran riqueza que entendí hay allá. Y que me fue asegurada por un indio, intérprete mío, es la de una mina de oro en la ciudad de este reino llamado Orocoa, en el río de Owrinoicke (como él lo denominó), que se estima mucho.

La exploración del Capitán Thornton a Brasil, Guayana y el Orinoco, último punto de esta relación, se realizó entre octubre de 1608 y julio de 1609, patrocinada por el Gran Duque Fernando. Thornton, formado y dirigido por Dudley, se hizo a la mar desde Livorno, donde se había establecido acogiendo a las exenciones fiscales y a los privilegios concedidos repetidamente por los Médici a todos lo que acudieran a habitar esta tierra. El incansable Robert la concibe y prepara cuidadosamente, y entrega al Capitán unas valiosísimas hojas de Instrucciones que denotan su experiencia en la región y su pericia en el arte de navegar:

Quiero que dicho viaje se haga exactamente, sin desviar ni hacia la derecha ni hacia la izquierda, sin tocar tierra en ninguna parte del mundo, lo que absolutamente le prohíbo salvando sólo el justo y legítimo impedimento; que por camino derecho vaya usted sólo al Río de las Mazones colocado en grado 1 1/2 a Tramontana, rodeando la boca de su cauce como usted a observado en mi Carta; al encontrarlo hará venir al maestre Jan Vanharllem flamenco, práctico de ese lugar, por el cual conocerá usted donde está situada la villa o lugar adecuado para traficar con las mercancías y cargas para el barco, por tener oro y otras cosas de valor como él promete y como de él habéis oído la manera de tratar y traficar; debe usted equipar la Tartana y la barca que lleva con el galeón con la gente mejor e irá usted mismo con ellos dando el mando de la Tartana a quien le parezca más hábil para tal cargo.

Compuesta por un pequeño galeón y una tartana, con una tripulación de 47 hombres entre marineros y soldados de Livorno y de Pisa, a pesar de tan escasos recursos la modesta expedición realizó exitosamente una verdadera proeza, resumida convulsivamente a su regreso en el Registro de la Capitanía del Puerto de Livorno:

Ha aparecido la nave Santa Lucia Buenaventura, Capitán Roberto Tortone, residenciado en Livorno, con 47 entre soldados y marineros y 6 indios. Vienen del Río de la Masone, donde han estado por 42 días y luego fueron a Guiana y se quedaron 12 días, luego a Renoch quedándose 10 días y después a la Trinidad donde tuvieron 15 días. Dicen que al pasar el polo se llenaron de gusanos el bizcocho y el queso y todo y que a la vuelta, apenas lo hubieron vuelto a pasar volvió todo a su naturaleza normal, cosa seguramente de gran maravilla. Traen muchos papagayos, monos y no dieron ninguna otra noticia. En Florencia el 12 de julio de 1609.

Los papagayos, monos y productos americanos enriquecieron las crónicas toscanas de la época. Uno solo de los 6 indígenas vivió larga vida en Florencia (los demás murieron de viruela), integrado al medio y difundiendo noticias sobre la naturaleza, regiones y productos americanos. Las intenciones culturales y científicas del viaje se revelan a través de las detalladas instrucciones del recorrido, el tiempo que los navíos demoraron en cada etapa, y fueron asimiladas en el trazado y descripción de los mapas del *Arcano*. Las noticias que «no dieron» se circunscriben probablemente a uno de los principales objetivos del viaje: establecer relaciones fuera de la égida hispánica con los mercaderes holandeses asentados en la costa nororiental suramericana; importar y explotar caña de azúcar, oro, plata y principalmente las piedras duras, el jaspe que durante los siglos XVI y XVII se utilizó profusamente en Florencia para revestir y adornar iglesias, palacios y estatuas, de lo cual es aún muestra la Capilla Granducal Médicea de San Lorenzo, completamente recubierta en su interior de piedras duras.

Pero, por otro motivo no hubo ni habrá «otras noticias»: al regreso de la expedición, en 1609, había muerto Ferdinando I, el Tercer Gran Duque de Toscana. Había desaparecido el último de los príncipes magnánimos, y con él, el amparo, el soporte moral y financiero a los artistas, estudiosos y viajeros. La era dorada de las navegaciones florentinas tocaba su fin. Con ella se apagaron los sueños de fama y fortuna de muchos hombres de aventura y de mar, ansiosos de aportar su vigor y experiencia a las empresas descubridoras. También se extinguieron las originales crónicas y relaciones que, inéditas o publicadas, nos permiten conocer hoy estas magníficas aventuras.

REFERENCIAS

- ALIGHIERI, DANTE. *La Divina Commedia*. Inferno, canto XXVI.
- CARLETTI, FRANCESCO (1707). *Ragionamenti sopra le cose da lui vedute nei suoi viaggi nelle Indie Occidentali e Orientali*. Firenze.
- CEI, GALEOTTO (1955). *Viaje y Descripción de las Indias. 1539-1553. Traducción Marisa Vannini*. Caracas: Biblioteca Nacional-Banco Venezolano de Crédito.
- DUDLEY, ROBERT (1646-1647). *L'Arcano del Mare*. Firenze.
- GÓNZALEZ OROPEZA, HERMANN (1983). *Atlas de la Historia Cartográfica de Venezuela*. Caracas: Enzo Papi Editor.
- HAKLUYT SOCIETY (1800 y 1899). *The voyage of Robert Dudley*. London, Hakluyt Society.
- SASSETTI, FILIPPO (1970). *Lettere da vari paesi. 1570-1588*. Milano: Ed. Longanesi.
- VANNINI DE GERULEWICZ, MARISA (1998). *Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Ediciones de la Biblioteca (3a edición).
- VANNINI DE GERULEWICZ, MARISA (1989). *El Mar de los Descubridores*. Caracas: III Conferencia Naciones Unidas sobre Derechos del Mar. 1974, 2ª Ed.